

## De la palabra al significante<sup>1</sup>

Celebro el nombre de la Jornada que en estos días nos convoca: “La experiencia del Psicoanálisis. Función de la palabra”, no solo porque es digna de nuestro quehacer sino también porque es una invitación a interrogarla. Al menos en lo personal eso fue lo que me suscitó. Considero que no es un trabajo menor poder dar cuenta de lo que se podría suscribir como “obvio”. En principio porque la experiencia analítica no guarda esta forma.

Quien decide transitar la experiencia de un análisis está dispuesto a atravesar una práctica inédita teniendo como único recurso, la palabra. Pero, ¿en qué consiste su tratamiento?, ¿cómo operamos con ella?, ¿cuál es su estatuto en la dirección de una cura? Una palabra que se dirige a un otro y que por obra de la transferencia ocupa el lugar de analista, es una palabra que hace discurso, una palabra portadora de sentido que necesita ser interrogada, en tanto ha surgido de los vaivenes del malentendido en la relación del sujeto con el Otro. En aquella instancia primera, el sentido de la palabra advino procurando un lugar para el sujeto: un lugar libidinal pero también un lugar de goce en su relación con el Otro. Lugar de goce que el sujeto ignora y padece. Será esta palabra, emplazada ahora por la escucha en el campo del lenguaje, la que quede expuesta a un orden simbólico regido por las leyes del inconsciente. Esta nueva legalidad transforma la palabra en significante, en ese material audible capaz de despojarse de su significado, de su sentido, engarzándose a otro significante cuyo enlace haga posible la aparición de un efecto sujeto. Para alcanzar esta nueva operación, es particularmente auspicioso servirnos del material onírico y sus leyes de formación, porque es el trabajo del sueño el hacedor por excelencia en asuntos de significante. Esa elaboración primaria del sueño nos señala el camino en ese nuevo estatuto que requiere la palabra. Al encontrarnos con el relato de un sueño, advertimos que éste ya ha hecho su parte en ese peculiar trabajo de transcripción, y nos lo entrega como trabajo adelantado y disponible para continuar: su carácter absurdo e insensato da cuenta que ha despegado el sentido que la palabra lleva adherido, y ha arrancado de un plumazo esa coherencia lógica propia de la instancia yoica. De allí que el sueño no sólo es la vía regia de acceso al inconsciente sino que además nos encamina en ese nuevo quehacer con la palabra en la práctica analítica. De este singular trabajo del sueño es que nos valemos para encauzar la función de la palabra en la experiencia del análisis. Esa original transcripción ha comenzado cuando el analizante, con cierto desconcierto yoico, trae ese material del sueño hecho de puro significante, desprovisto de sentido y provisto de sinsentido. Sin embargo, podemos aventurar que este carácter absurdo e insensato del sueño no es propiedad exclusiva de la formación onírica; el fantasma también tiene esta condición y podrá ser escuchado a medida que el discurso del analizante se vaya desplegando. De allí que el recorte de un significante en transferencia, constituya una posibilidad de lectura que reubique, interpretación mediante, un nuevo orden y pueda advenir ese efecto de verdad que nombra al sujeto.

---

<sup>1</sup> Escrito presentado en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno/Auditorio Jorge Luis Borges C.A.B.A. Jornadas de trabajo “La experiencia del Psicoanálisis. Función de la palabra”, organizada por la Comisión de Enlace Regional Argentina y Uruguay (CERAU) 12 y 13 de abril 2018.-

Este trabajo de expoliación del sentido de la palabra no se circunscribe solo al sueño; también lo hallamos en el chiste, en el lapsus, que como fenómenos de la lengua ponen en evidencia el equívoco del cual está hecho el lenguaje. Esta función de la palabra advenida significante nos advierte acerca de cómo se ha determinado el síntoma, ese síntoma del que goza el sujeto. Ese sufrimiento hecho de palabras, está en relación directa con aquellos significantes del Otro que el sujeto, sin saber, alienadamente porta.

Una analizantellega angustiada a la sesión mientras se queja con fastidio de ocuparse de todo en la oficina, de estar podrida de lo inútil de sus colegas que le encomiendan tareas que no le corresponde pero que las ejecuta porque "las sabe hacer". Continúa diciendo que en su casa no sólo se encarga de la crianza de su hijo, sino de todo lo que tenga que ver con el quehacer doméstico: limpieza, economía, hasta se ha ocupado últimamente de algunas tareas de plomería, como cambiar y reparar las canillas... en sus últimas vacaciones pintó todos los ambientes de su casa. De su pareja dice que le deja a ella todo a su cargo.

Pregunto por qué todas estas ocupaciones...

Recuerda, en un tono amoroso, que siendo niña y viviendo en el interior con su familia, su padre, le decía:

-“El saber no ocupalugar”

-No ocupa lugar...?

En tiempos constitutivos en que el deseo del Otro interpela al sujeto, éste intenta darse una respuesta extraída de su propia lectura de la demanda del Otro, haciendo consistir ese lugar de objeto para el Otro: ocupar un lugar que el saber no da...

La angustia es la posibilidad de interrogar al Otro y en ese obrar se reconduce la cura hacia el significante de la falta del Otro, falta que preserva el lugar causa de deseo para que el sujeto no se lance como objeto en el intento de hacer consistir la completud del Otro.

Reconducir la función de la palabra a su nivel de trama significante en la experiencia del análisis, es la ocasión de poder desprender ese sentido adherido que como un yugo aplasta lo que de deseo hay en el sujeto. Solo operando con las leyes del inconsciente en el campo del lenguaje es posible alcanzar esa instancia inaugural de la relación del sujeto con el Otro en el que quedó amarrado en su fantasma. En nuestra experiencia no se trata de desamarrar al sujeto del Otro, sino con esas mismas amarras significantes, enlazar el goce de otro modo.

Carola Yanniccari